

ción, y no quieren creer la relación que, más muerta que viva, de cuanto ha pasado les hace Rosa, hasta que, llegando el señor de las tierras, tranquiliza á sus atribulados colonos, de quienes sale fiador y hace confesar al bueno de Schnaps toda la superchería de que se valió para procurarse un almuerzo.

Por muy inocente y natural que sea el argumento de este sainete, el tiempo en que se estrenó, 1793, le daba tal extensión y trascendencia, que fué acogido con el mayor desagrado. Goethe no dió su nombre, y además apareció como otra continuación de *Los dos billetes*, juguete que alcanzara mucho éxito diez años antes, firmado por un pseudónimo, Antón Wall, y tuvo pronto una segunda parte. En estos dos sainetes salían los mismos personajes: Rosa, Jorge y Schnaps; pero los dos primeros eran novios y el otro pretendiente y perseguidor de Rosa. En cuanto al asunto, no tiene conexión ninguna con este de que tratamos. El anónimo permitió á los amigos de Goethe sostener que éste no era el autor de aquella farsa; todo lo más habría dado en ella algunas plumadas, porque ¿cómo era posible que un espíritu tan penetrante y tan potente como el suyo tratase tan de ligero, con desdén y con burla, un acontecimiento de los más notables y trascendentales en la historia de la humanidad?



Su drama político *Los sublevados*, es más serio y de mucho más alcance, siempre en el círculo privado. De los cinco actos, sólo están terminados el primero, segundo y cuarto; falta todo el quinto y una parte del tercero. Estos huecos están suplidos por el argumento, bastante detallado, lo cual hace sentir al lector no ver terminada obra tan bonita y de tan acertados caracteres é interesantes situaciones. En cierto dominio señorial, regido durante la menor edad de su hijo por la condesa viuda, que también tiene otra hija, mayor que el heredero del título, existe una cuestión ó pleito entre los concejos y la señoría, sobre serventías que ésta exige y aquéllos le niegan, fundándose en una transacción documentada que se firmó entre el abuelo del actual conde niño y los comunales. El difunto conde, altivo y violento, no quiso reconocer nunca aquella pretendida transacción; la condesa actual, por el contrario, de condición más dulce y muy abierta á los sentimientos é ideas modernas, desea vivamente terminar la cuestión en favor de los concejos; pero no siendo ella la dueña, sino administradora y mandataria, teme cercenar los derechos de su hijo. El documento sobre que basan su pretensión los del común ha desaparecido, y la condesa tiene fundadas sospechas de que lo sustrajo del proceso su intendente, hombre tan aferrado al antiguo régimen, que por no ver aminorados los derechos de sus señores sería capaz, no de sostener pleitos, sino de inventarlos. Asesórase la condesa en sus dudas con un consejero real, amigo suyo, hombre inteligente y probo

que busca la justicia aun por cima de la ley, y aunque es burgués y quiere continuar siéndolo, no teme arrostrar el dictado de aristócrata defendiendo á la nobleza contra el ensañamiento de sus adversarios. El Sr. Breme de Bremenfeld, es el Schnaps del sainete anterior, con más categoría, la de cirujano del castillo, revolucionario furibundo, de palabra, fanfarrón, engaña-bobos. Su sobrina Luisa posee todas las virtudes con que una mujer puede hacer de una casa un paraíso: es una criatura llena de abnegación y de sentido, á quien la ruina de su casa y la muerte de sus padres trajeron á posición tan inferior á su mérito y aspiraciones. Su prima Carolina, la hija del cirujano, representa en el drama papel tan secundario como el del barón, primo de la condesa, que por hacerle el amor y perseguirla se encuentra fuera de su puesto en el momento del peligro para el castillo. El preceptor del conde niño forma entre las filas del partido avanzado: es gran perorador, pedante, eclesiástico adulterado por las ideas novísimas de la Revolución francesa. En Federica, la hija de la casa, se ve revivir á su padre, el difunto conde: genio vivo y fuerte hasta la violencia, pero fácil de llevar por el bien. Atrevida, enamorada del peligro, obrando siempre á impulsos del primer movimiento, su trato se hace desagradable y hasta peligroso, aunque en el fondo es recta y buena. Entre los paisanos, Jacobo, el cazador, les es adicto; á ella particularmente en cuerpo y alma. Todos estos caracteres están muy bien sostenidos, y no hay uno sólo que sea falso; aunque de todos, el más

noble y simpático es el de la condesa, la cual reúne á mucha dulzura la firmeza y el aplomo tan necesarios en quien ejerce autoridad, y cuyos sentimientos nobles y humanitarias ideas expone claramente en este trozo de su conversación con el consejero: «A su conciencia de V. apelo, querido amigo: piense de qué manera podremos dar fin á este desagradable pleito. Su gran conocimiento de las leyes, su entendimiento, sus sentimientos humanitarios han de hallar, seguramente, el medio de poner término á este litigio antipático. En otro tiempo daba yo poca importancia á esto de la posesión sin el derecho: pensaba que, pues las cosas iban bien así, lo mejor era que continuasen. Pero desde que he observado cuán fácilmente la injusticia se va amontonando de generación en generación, y que sólo las acciones generosas son puramente personales, pues el interés particular también se hereda; desde que me ha saltado á los ojos que la naturaleza humana puede ser oprimida y rebajada hasta un grado mísero, pero no sometida ni aniquilada, me propuse firmemente evitar con energía toda acción aislada que me pareciese injusta y decir en voz alta mi opinión entre los míos, en sociedad, en la corte y en el pueblo. No quiero guardar silencio sobre injusticia alguna ni tolerar pequeñeces bajo apariencias grandes, aunque quede difamada por el nombre antipático de demócrata.» Las peroraciones del magister y los discursos fogosos del cirujano logran persuadir á los paisanos que, para acabar de una vez con el pleito, no hay como un golpe de mano: en-

29368

UNIVERSIDAD DE LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FON. J. REYES"

trar á viva fuerza en el castillo, sorprender á la condesa, hacerle firmar un documento en el cual renuncie á esos servicios onerosos, y luego, y esto por consejo del magister, que conoce muy bien á los nobles, hacerle jurar poniendo la mano sobre la cabeza de su hijo, que jamás recusará aquella firma ni alegrará, para darla por nula, que se la impusieron por violencia. Con esto queda todo zanjado y la justicia no se meterá en el asunto, porque el rey es más inclinado á ponerse de parte de los derechos del pueblo que al lado de los nobles. La condesa llega de París con su hija Federica á altas horas de la noche, y encuentra su casa en confusión y á su hijo con la cabeza vendada y los vestidos manchados de sangre: momentos antes, y por abandono de su preceptor, se ha llevado un golpe que pudo ser mortal. Luisa, que ha corrido á asistir al niño cuando su tío le envió á pedir los menesteres para curarlo, logra tranquilizar las angustias y disipar los terrores de la pobre madre. Ocúpase al día siguiente la condesa en recibir á sus subordinados y en poner orden en las cosas de su casa. El preceptor queda despedido, el intendente amonestado, Luisa admitida con muchas consideraciones y cariño como señorita para acompañar á Federica. Tiene luego la condesa su conversación con el consejero, en la cual los dos exponen y personifican ideas de gran novedad y trascendencia en aquel momento histórico, y Federica halla el mejor de los recursos para poner fin al litigio de los concejos. Como su ocupación desde la madrugada había sido cazar y revisar sus ar-

mas, hallábase cargando una de éstas cuando se enteró, por una conversación de su madre con el consejero, que los dos creían al intendente autor de la sustracción del documento famoso, y querían probar si se lo sacaban por buenas y á fuerza de persuasiones. A Federica le pareció muy mal usar tantas delicadezas con un bribón de aquella especie, y mandándolo venir á la sala, le hizo presenciar, muerto de miedo, la carga de su arcabuz, que se hacía á la luz de una bugia á la cual estaba el frasco de la pólvora arrimado. Y cuando le hubo dado tormento bastante tiempo de esa manera, levantó el arcabuz y le apuntó, intimándole con las frases más duras á que dijese dónde estaba el documento que había robado, en la inteligencia que allí quedaría seco si se negaba á darlo. Los ruegos de la condesa y del consejero, que llegaron en el instante mismo, no hicieron más que exasperarla; y como todos la sabían muy capaz de hacerlo como lo decía, el intendente confesó, dijo dónde se encontraba el documento, y con la llave que tiró al suelo, de su bufete, corrió á buscarlo el consejero, á cuya vuelta, con el papel en la mano, pudo al fin verse libre de aquella amenazadora boca de arcabuz el mísero intendente y pudo Federica mostrar, desde los balcones, el documento pacificador á la turba de paisanos que amenazaban el castillo. El plan de la obra va más lejos y termina en cierto lugar del parque, donde entre unas ruinas y caídas de agua se abre la boca de una cueva ó pasadizo que conduce á la residencia de un pariente vecino. El fiel Jacobo acompaña á toda la

familia á aquel sitio y se dispone á servirles de guía por el camino subterráneo. Enterado de este paso secreto, el cirujano, á la cabeza del pequeño grupo de sublevados que no se habían retirado al anuncio del documento, va á apoderarse de él y le reciben las bocas de muchos fusiles, que dan al traste con su bizarría y con sus bravatas.

* * *

La comedia en tres actos *Los Cómplices* (1769), á pesar de estar escrita en versos alejandrinos, metro que, al menos en la índole de nuestra lengua, parece más adecuado para obras serias ó de trascendencia, es ligera y de enredo; argumento también apropiado para ópera cómica. Pasa la escena en una posada. El viejo posadero se lamenta de que su yerno Söller, no solamente en nada le alivia las cargas del trabajo, sino que le gasta cuanto tiene, dándose vida de duque. Magdalena, la hija del posadero, aunque procura poner paz entre su marido y su padre, no deja de deplorar el verse unida á un hombre soez, lleno de vicios, que gasta cuanto dinero los otros allegan y la tiene careciendo hasta de aquellas cosas más necesarias. Hace además la comparación entre este hombre y Alceste, su antiguo adorador, un verdadero caballero que la trataba con tanta delicadeza y amor tan fino. Precisamente, por primera vez desde que está casada, Alceste ha vuelto á la posa-

da; y aunque ella ha rehuido el hablar con él, bien conoce que busca las ocasiones de encontrarla y que, seguramente, ninguna cosa le ha traído á aquellos lugares sino la querencia del afecto antiguo. Söller, que se burla de su suegro y tiene siempre, entre requiebros y chanzas, reticencias para su mujer, después de empinar, al son de los sermones del uno y las quejas de la otra, sendos vasos de vino, se va á un baile de máscaras donde, entre otras cosas, le espera el pago de una deuda de juego. Mientras tanto Alceste ha logrado al fin hablar con Magdalena, y encontrándola menos esquiva que propicia á escuchar sus descargos amorosos, logra de ella la promesa de una cita en aquella misma noche. Söller se ha ido al baile, el viejo á la cama, Magdalena á su cuarto, y cuando cada uno de ellos cree á los otros dos en seguridad, hace el diablo que todos vayan á parar al cuarto de Alceste. Söller, para robarle una cantidad de dinero que sabe tiene en una cajita de hierro sobre su mesa; el posadero por la curiosidad de enterarse de una carta que le pareció sospechosa y en la cual supone que su huésped ha recibido las más estupendas noticias, y Magdalena con el objeto dicho. Llega primero el ladrón, que entre ansias y terrores se apodera de la mayor parte del oro que hay en la caja, pero que se ve obligado á esconderse en la alcoba, porque oye ruido. Viene el posadero á buscar la carta que le trae á mal traer, y en pasos tales, que más parecen de malhechor que de curioso, y antes de conseguir su objeto tiene también que escapar al sentir gente que se

acerca por la puerta excusada. En su azoramiento deja caer el rollo de cerilla que le sirve para alumbrarse, con el cual tropieza Magdalena al entrar, sin darse cuenta de cómo ha podido perder aquello allí su padre. Söller asiste escondido á la entrevista que tienen su mujer y Alceste, oye en qué términos tan amargos la primera se queja de él, enumerando sus vicios, y cómo el otro la consuela y esfuerza el rendimiento y las delicadezas. La cita es muy breve, por el sobresalto en que Magdalena está. Cuando Alceste se queda solo, compadeciendo la suerte de aquella á quien tanto quiere, piensa en el modo como le hará aceptar, para aliviar en algo sus desdichas, la suma que tiene guardada en su caja de hierro, y al acercarse á ésta se encuentra que le han robado. Al día siguiente corre Magdalena á dar al posadero noticia del malhadado robo, y recelando, por el hallazgo de la cerilla y por la confusión que en él advierte, que nadie más que su padre fuese el culpable, se esfuerza en inspirarle confianza para que le confiese el hecho y se haga la devolución sin que trascienda el escándalo. Iguales pensamientos mueven al posadero á querer sacar la verdad de su hija, coligiendo, por la visita que ha llegado á saber hizo al cuarto del huésped á altas horas de la noche, y por los compromisos de dinero en que sabe la pone su endiablado marido, que ha cedido á una mala tentación. A la negación por vías suaves siguen los duros reproches y los extremos violentos. Más tarde Alceste, prometiendo la lectura de aquella famosa carta que excitó por modo

inconsiderado la curiosidad del posadero, logra saber de éste que el ladrón del dinero no fué otro que su propia hija, á cuya noticia Alceste se queda sobrecogido sin poderse persuadir que en mujer tan delicada y amable cupiese acción tan vil. Por su parte Magdalena, cuando se llega á ver tratada con menosprecio y lástima por el hombre de quien sólo recibiera testimonios del amor más fino, sin ser dueña de contenerse declara abiertamente que el dinero fué robado por su padre, confesión que, por ser dicha con grandes lágrimas y con todas las marcas y sellos de sinceridad é indignación, deja más suspenso que nunca al robado caballero, el cual, conociendo de antiguo al padre y á la hija, y sabiendo que ni uno ni otro son capaces de aquel yerro, no sabe de qué lado dirigir su vista para columbrar un vislumbre de verdad. Por fin lógralo en una conversación con Söller, donde éste, trabajado por los celos y el despecho, suelta una palabra que no puede justificar sino confesando que asistió oculto á la susodicha entrevista, y por ende que había ido á aquel cuarto para procurarse los medios de evitar la prisión que le amenazaba. Pero como todos llegan á resultar culpables: la mujer á quien el marido coge *infraganti* en una cita amorosa; el huésped que la inducía á faltar á sus deberes; el posadero burlado, que por enterarse de una carta que á la postre no anunciaba más que el nacimiento de una criatura, registra primero furtivamente el cuarto de su huésped y luego delata á su propia hija; como todos son cómplices en el delito, transigen

y se acomodan, y al fin de la comedia quedan unos con otros reconciliados.

* * *

Hermana y hermano es una preciosa comedia en un acto que pasa entre tres personajes: Guillermo, comerciante; su hermana Mariana y Fabricio. Con asidua aplicación al trabajo, procurándose clientes todos los días y no desperdiciando ganancia por pequeña que pareciese, Guillermo se afana en reconstruir una fortuna malgastada en el deseo de goces y en la imprevisión de los primeros años. El móvil de su laboriosidad; quien sostiene su esfuerzo y anima y acrecienta sus deseos de adquirir, es Mariana, muchacha encantadora cuya madre, mujer á quien él había amado tiernamente, se la confió al morir. Consideraciones de delicadeza movieron á Guillermo á hacer pasar por hermana suya aquella niña que se educó en un convento, y ahora gobernaba la casa modestísima de su hermano, sin más deseo que verle contento ni otra aspiración que la de estar siempre á su lado, acariciarle y cumplirle todos los gustos. Guillermo recibía aquellas manifestaciones de ternura con aparente frialdad y rechazaba brusco las caricias, cosa que entristecía á Mariana; pero todos aquellos aparatos necesitaba él para reprimir el entusiasmo, la infinita ternura y la pasión que sentía por la deliciosa criatura, la cual, sin advertirlo y con todo el candor

de su alma, atizaba aquel fuego con las explicaciones que hacía del suyo propio. Fabricio era el solo amigo de aquella casa; único que tenía el privilegio de ver de cerca á Mariana, gozar de su trato ingenuo y atractivo y observar las mil maneras como transformaba las pequenezes de la vida doméstica en motivos de agrado, en materia de dicha. Debía Fabricio este privilegio á valiosos servicios prestados á su amigo en forma de dinero contante en los momentos de gran apuro. Guillermo había pagado el dinero, pero siempre se creía deudor, á fuer de agradecido. Además Fabricio le escuchaba paciente cuando le hablaba una y mil veces de su Carlota; de aquella mujer tan superior y tan llena de ternura, que había sido su ídolo y que la muerte le había arrebatado. Lo único que Fabricio no sabía era que Mariana fuese hija de aquella tan llorada Carlota. Sucedió, pues, que en el pecho del amigo hicieron mella igualmente los encantos de esta escondida perla, y tanto por dar satisfacción al propio anhelo como por mejorar la situación, algo estrecha, en que tenía á la joven el demasiado económico hermano, y hasta por dar á éste, rudo á veces y severo, la ventaja de soltar la carga de su hermana, decide declarar á Mariana su cariño y pedirle que lo acepte por esposo, y hácelo el primer día que la encuentra sola en su casa. Mariana principia por rechazar con violencia semejante proposición. ¿Cómo había de ser posible que ella abandonase á su hermano? ¿Quién lo había de cuidar, quién pensaría por él, cómo podían vivir separados? Fabricio tiene

respuesta para todo: no hay tal abandono; vivirían en la casa de Fabricio; Guillermo en un piso y ellos en otro, y ella podría velar por él y cuidarlo como ahora, ó mucho mejor, porque sus medios de fortuna serían mayores y el pobre Guillermo no tendría necesidad de trabajar tanto. Tales cosas llega á decir á la turbada y confusa Mariana, que ésta no ve medio más eficaz de salir del atolladero sino es autorizarle para que hable con su hermano. Precisamente Guillermo había llegado al punto de desahogo que se tenía propuesto para mudar las condiciones de su vida fraternal y pensaba franquearse por completo con su amigo, cuando éste, autorizado por Mariana, le pide el consentimiento para la boda. Con acentos de enojo y de ira oye Guillermo tal petición y la rechaza, y poco menos que echa de su casa á Fabricio, el cual, ofendido y lleno de extrañeza y no exento de sospechas, deja á Guillermo bregando con sus resentimientos, culpando al ensañamiento de su mala fortuna y entregado á la desesperación, de la cual viene á sacarle la de la propia y misma Mariana, que, vuelta en sí de su aturdimiento, ha conocido la imprudencia que cometió y viene á pedirle á su hermano la salve de aquella palabra indiscreta que soltó sin saber lo que decía. La explicación que hace la joven de los sentimientos de su corazón, todos dedicados á aquel hermano tan apasionadamente querido, hacen cambiar las amarguras pasadas de éste en gloria pura, y va conteniendo la explosión de su alma el tiempo justo para que Fabricio, que vuelve á saber una re-

solución definitiva, presencie el desenlace y se convenza por la conmoción de Mariana, que piensa morir de placer al oír que Guillermo no es su hermano y va á ser su esposo, que no había en ella malicia ni en él falsedad y que son dignos el uno del otro. Esta comedia fué escrita en prosa y se representó el año 1776. En el teatro de aficionados de Weimar hizo el mismo Goethe el papel de Guillermo, y el de Mariana Amalia Kotzbue, hermana del escritor humorista, de donde la tradición ideó que habían existido entre ambos relaciones previas. Otros mueven la intención del poeta del lado de Madame Stein, y quizás con más fundamento, significando en ella aquella noble mujer que se llamaba también Carlota, y que había vuelto á tener apego á la vida sólo por Guillermo, frases que dejó consignadas en sus escritos epistolares la de Stein, á quien, también por carta encarga Goethe que pida á la Duquesa le devuelva el manuscrito, porque, dice: «Debe quedar para nosotros.»



Pertenece al mismo género de comedias cortas, en prosa, el bonito juguete *La Apuesta*. Eduardo y Leonor son novios próximos á casarse, y aunque los dos se hallan adornados de las más preciadas cualidades y se quieren mucho, disputan con frecuencia: él es vivo en demasía, ella susceptible, y los dos obstinados hasta el

punto de enojar y aun alarmar al padre de Leonor, Dorn, el cual, como plan curativo y piedra de toque á la vez, para conocer el verdadero cariño, propone á los jóvenes una prueba, á la que se someten presurosos, confiado cada uno en que no será quien ceda. El razonamiento del padre viene á ser, en suma, este: «ninguno de vosotros sabe ceder ni sacrificar en algo su opinión; os empeñáis en mortificaros, y, sin embargo, no podéis vivir el uno sin el otro: y como os subleváis ante esta afirmación y decís que sí, que podéis vivir conservando cada uno su independencia sin bajar la cabeza al otro, yo os propongo que desde luego vayáis á ocupar las dos habitaciones que servían para mi pobre esposa y para mí, que están separadas por una puerta de reja y una cortina que puede correrse igualmente desde una y otra habitación: la puerta estará sin cerrojos, el correr la cortina á disposición de cada uno, y el que primero sienta la necesidad de hablar al otro, perderá la apuesta y ganará seguramente el título de amante más fino y delicado.» Hecho el convenio, deja Dorn á los encerrados bajo la estrecha vigilancia de sus criados Federica y Juan, y para que su influencia no pese sobre ellos, sale de su casa y se va á una posada del pueblo, donde en medio de las incomodidades de la mala instalación espera el resultado de su plan, que comunica á su amigo Förster, interesado igualmente por la suerte de los dos jóvenes, pero no tan seguro del buen éxito de aquella invención. Allí vienen Federica y Juan á dar á su señor parte y hacerle relación

de cuanto ha pasado en los ocho días que van de prueba. Cuenta Juan que su señorito pasó los primeros días distraidísimo, siempre de caza y de paseo y de vuelta en su cuarto, ocupado en mil cosas distintas ó leyendo. Pero pronto notó que eran demasiado variados aquellos ejercicios y aquellas distracciones y que en realidad no les tomaba el gusto. Poco á poco fué acortando las salidas y hablándole de Leonor, hasta que llegó á hacerla el objeto exclusivo de la conversación. En el momento actual no para ni sosiega, no duerme, no come, sufre de una manera visible, pero no dice palabra por la cual se colija que está dispuesto á perder la apuesta. Por su parte, Federica se duele del triste estado á que su señorita se halla reducida. Los primeros días estaba constantemente ocupada en sus labores, pintaba ó leía; poco á poco se fué cansando de todo y se pasaba horas enteras sumergida en silencioso ensimismamiento, sin hablar nunca de Eduardo, pero sí de lo que hacía Juan, por quien parecía sentir el más vivo interés. Luego fué aumentando la tristeza: rodeóse de todos los objetos que en diversas ocasiones le diera Eduardo, y su único paseo fué ya el trozo de jardín que él decoró para su fiesta: en fin; ha llegado á no comer ni dormir, suspira con frecuencia, sus ojos están siempre llenos de lágrimas, pero en cuanto á perder la apuesta, no hay que pensarlo. Estos informes, que alarman á Förster, satisfacen á Dorn, el cual da sus razones para asegurar que el fin de aquello está muy próximo, y para presenciarlo deci-

de volver á su casa con el amigo y situarse en la habitación que da sobre la de los jóvenes, donde existe una abertura por la cual se puede ver lo que ambos hacen. La última escena representa el corte de todas estas habitaciones y se ve lo que en ellas pasa. Después de los monólogos en que Eduardo y Leonor expresan de la manera más vehemente y más tierna lo que cada uno siente, ocúrresele á la última un medio de salir del paso sin perder la apuesta; coge su guitarra y comienza á tocar el acompañamiento de las canciones favoritas. Al oír aquellos sonidos corre la cortina Eduardo, y á través de la reja mira si alcanza á ver á la que toca, la cual, aunque ha procurado esconderse, no ha sido capaz de evitar que sus ojos encuentren los que la buscan, y cuando un instante después Dorn y Förster entran en el cuarto, la verja ya se ha abierto y están los novios abrazados. Juan y Federica, que también son novios y no han dejado de reírse y burlarse de sus señoritos por aquel empeño en darse malos ratos, obtienen del amo un buen dote para su casamiento.

Este juguete se estrenó en Teplitz el año 1812, y lo hizo Goethe en pocos días para satisfacer un deseo de la Emperatriz de Austria, que quiso ver representada la conducta de dos novios separados por una apuesta.



En el género de piezas cortas es razón que ocupe lugar muy preferente la comedia con música *Jery y Baetely*, de la cual, luego, con el título de *El Chalet*, se

hizo una opereta que gustó mucho, y es de sentir que nuestro teatro, que tan francas ha tenido siempre sus puertas para las producciones francesas, ya traduciéndolas, ya tomando de ellas asuntos, alimentando de continuo el gusto del público con nuevos arreglos, descuidase tanto el darle á conocer—sin hablar de lo grande—comedias alemanas, muchas de las cuales, y apelo á estas cortas en que me ocupo, entran más en nuestros moldes que los artificios franceses, en el fondo tan ajenos á nuestro carácter.

En el corte de una montaña de los Alpes y dominada por su cima hay una casita á cuyo pie se extienden en talud praderías suficientes para alimentar corto número de vacas, con cuyo producto viven holgadamente Baetely y su padre. Ninguna muchacha fué nunca más pretendida ni más desdeñosa. Muchos hijos de los vecinos, por olvidarla, partieron lejos del país; otros, tomando la cosa en mejor porte, se casaron. Sólo Jery permaneció en la brecha, perdido de amor por Baetely; ni quiso consolarse ni abandonar el campo. Jery era huérfano, rico, guapo, valiente, hábil y bueno. Baetely reconocía todas sus cualidades, quería bien, sabía que aquella boda haría la felicidad de su padre, pero ¡estaban tan bien así independientes! ¿Para qué habían de traer á casa uno que mandase en ellos? Y cuando el padre le decía que le asustaba el pensar en morirse dejándola sin apoyo en aquella casa aislada en sitio tan alto y tan desamparado, ella le decía que los cuidados había que dejarlos para el día siguiente.

Una vez pasó por aquellos sitios un mozo del lugar que había sido soldado, y á la sazón traficaba en ganado, comprando bueyes en el país y llevándolos á vender á Milán. Jery, según su costumbre, vagaba por aquellos contornos, y como habían sido compañeros de la niñez, pronto se hicieron confianzas, y el antiguo soldado se sorprendió no poco al oír que siendo Jery rico, apuesto y dueño de sus acciones, había una muchacha que se negaba á casarse con él, y no por querer á otro, sino por puro amor á su independencia; circunstancia que le animó á probar fortuna en favor de su amigo, usando con Baetely los procedimientos que su conocimiento del mundo le sugiriese, y estipulando que si salía bien de la empresa y la muchacha llegaba á quererle, Jery le daría cierta suma, en la cual convino sin dificultad el pobre enamorado.

Para poner en práctica su plan, Tomás—el soldado—llama á la puerta de la casita solitaria, y, como viajero fatigado, pide á Baetely un vaso de vino ó de leche para apagar la sed. Ofréceselo la joven de buen grado y le dice pase adentro á tomar un refrigerio, y conversar un rato con su padre. Tomás no quiere entrar, y sí detener fuera á la joven, y tan desmañado anda y atrevido, que ésta se mete en su casa ofendida, mandando al hombre siga su camino. No lo hace éste así; antes se obstina en llamar á la puerta, se enfurece, y para vengar de una vez los agravios de su amigo y los propios, llama á sus mozos de ganado que están en la meseta con sus bueyes y les ordena bajen á los pastos que per-

tenecen á la casita y rompan los cercados y arrojen fuera las vacas, para que se aprovechen de la hierba los bueyes, y mientras se comete tal desafuero, él desenfunda su violín y se pone á tocarlo. Salen Baetely y su padre á pedir al extrajero cuenta de tal desmán; pero éste se ríe de ellos, y el destrozo de los pastos continúa. Furiosa Baetely, dice á su padre pida auxilio á los vecinos: éstos, de antiguo ofendidos con ella, niéganse á salir en su defensa, y el padre se siente muy viejo é impotente para luchar con aquel mozo. Sólo Jery quiere vengar aquel agravio y se lanza sobre quien lo comete, sin querer oírle, encarnizándose en la lucha hasta que cae vencido. Tomás hace retirar sus bueyes y él también desaparece. Baetely, conmovida, sólo se ocupa en saber si Jery está herido, y este rasgo de generosidad y cariño produce un cambio en sus sentimientos. Mientras tanto, Tomás halla modo de decir á Jery no desperdicie aquella favorable coyuntura que él, aunque por modos extraños, le ha procurado, y, con efecto, Baetely, después de vendar á Jery la mano derecha, pone en ella la suya de esposa y ambos reciben la bendición de su padre.

* * *

Entre sus muchos personajes, Goethe ha hecho también hablar en su teatro pastores y zagalas, aunque, en su honor sea dicho, no abusó del género. Hay una pastoral titulada: *El Capricho del amante*, escrita en

versos alejandrinos pareados. La acción pasa entre dos parejas: Eglé y Lamón, Eridón y Amina. Los primeros entretienen su tiempo de la manera más divertida del mundo: asisten á todas las fiestas, bailan, ella escucha palabras dulces de otros pastores, y él es con otras pastoras amable y lisonjero. Por el contrario, Eridón es celoso, desconfiado, no tolera que su amada tome parte en ningún esparcimiento. De continuo ha de verla á su lado, dócil á todos sus caprichos, y ella, tierna y amante, todo lo perdona al considerar que su Eridón por ella lo deja todo, y que ninguna pastora puede gloriarse de atraerlo. No sucede lo mismo con otros: Lamón, por ejemplo, que recibió un beso de Cloris por haberle adornado con flores el sombrero. El mismo Lamón y Eglé, sin embargo, llegan á persuadirla de que no hay mal ninguno en asistir á un baile, y para ir con ellos al que se prepara, se deja poner una corona de flores. Llega entretanto Eridón, y si delante de los otros se contiene, cuando se quedan solos sabe de tal manera mostrarle su disgusto; se enoja, se queja y se entristece tanto, que Amina arroja la guirnalda y promete pasar aquellas horas en sabrosa plática y cantando canciones con su amado. Parte Eridón á buscar la música, y llegan en tanto Eglé y Lamón para llevarse á la fiesta á la fiel pastora, á quien encuentran sin su guirnalda de flores. Reconviénenla, comienzan de nuevo las persuasiones, y á la postre, después de prometer á Eglé hacer de manera con Eridón que éste no se atreva á reconvenir á Amina á su vuelta, vase ésta al bai-

le. A las lamentaciones, al despecho de Eridón cuando vuelve con la música y se encuentra que su novia le ha burlado, asiste Eglé, la cual emprende desde luego el vencer aquel rebelde. Pónele de manifiesto que su proceder, antes de fijarla para siempre, conseguirá aburrir á la que ama. Esfuérsase en hacerle ver claro cómo no está reñido el amor á una persona con el trato de otras, por donde el ánimo se esparce y recrea y cobra más brío para volver después al objeto amado. A voz tan persuasiva, Eridón depone el enfado y escucha con paciencia, luego con interés; la mira con emoción, la encuentra hermosa, la enlaza con sus brazos y le da un beso. «¿Lo ves?—dícele riendo Eglé—me has besado, y, sin embargo, no dejas de querer á Amina.» Así alcanzó para ésta, que volvió muy pronto aburrida de la fiesta y toda medrosa, la tolerancia prometida y una acogida calurosa y tierna que no estaba exenta de remordimiento.

Parece ser que Goethe tenía diez y ocho años cuando compuso este juguete, aunque es de suponer no vendría á su rematada perfección de primores, sino después de los muchos retoques á que el autor sometía sus obras antes de publicarlas. Apareció en las postrimerías de una moda; fué tal vez la última pastoral que se escribió en Alemania, nunca cuna del género, y la única que quedó como modelo en su literatura clásica.

Exclusivamente para solaz y recreo de la corte de Weimar, escribió Goethe *Las Aves*—imitación de la comedia de Aristóphanes—, que se representó á la griega, con caretas y trajes inventados por el autor, creador, director y á veces actor de aquel famoso teatro de aficionados, donde representaban papeles los [príncipes, donde estrellas titilantes tachonaban el cielo, y donde los personajes se perdían en un fondo de verdadero bosque y caían de rocas verdaderas aguas corrientes, y era auténtico y legítimo el susurro del viento en la enramada. Allí se representó, en el verano de 1780, con el éxito más caluroso esta obra, de la cual escribía Goethe á su amiga la de Stein: «Quisiera que le divirtiesen á usted las bobadas (*plattituden*) como me divierten á mí, porque se reiría de ganas.» No se propuso nuestro autor tratar más que los puntos culminantes de la obra, ni la abarcó toda, pues termina la farsa cuando es aceptada por la gente alada, con entusiasmo, la fundación de la ciudad aérea; pero en un epílogo, dirigido al público en forma de monólogo, en el cual se dice que el primero que trajo aquel asunto al teatro fué el *descarado Aristophanes, favorito de las Gracias*, se promete en nombre del poeta que si acoge con favor aquel ensayo, continuará presentando la obra toda. Rogando *se piense—y pensar algo es siempre útil al hombre—* que nunca se hiere con más fuerza ni con más acierto que en broma.

Las variantes entre una y otra obra son pequeñas. Dos pobres diablos, que han agotado en su ciudad todas las buenas y malas artes para salir adelante, se

echan por el mundo á buscar un lugar imaginario donde pasarlo mejor. Llámaseles Buenaesperanza y Fiel-amigo, y Goethe quiere personifiquen á Pierrot y Scapen. Llevan los griegos dos guías, un grajo y una corneja, que entre riscos y breñas les dirigen desde luego al país de las aves. Los otros no llevan guías; el de la esperanza, Hoffegut, va siempre delante, y aun se entretiene en herborizar en aquellos picos y cortaduras, donde el pobre Fielamigo resbala. *Treufreund* cae y se despeña á cada paso. Éstos buscan solo, en primer término, á un sapientísimo buho (*Schuhu*) para tomar su consejo y fijarse en la ciudad que les señale. Llegan los griegos á la presencia de la abubilla, rey de la comarca, y los otros encuentran al papagayo, que es, como si dijéramos, el secretario particular del buho, y por mediación de éste logran que salga á oírlos y aconsejarlos el ampuloso y tétrico personaje. La exposición de los deseos de unos y otros es muy parecida. Quieren los griegos vivir en un lugar en donde los negocios más importantes sean recibir la invitación de un amigo, que venga con instancias á pedir no se le falte á un banquete de bodas que va á dar, etc. Se contentan los otros con vivir en una ciudad donde las personas principales se hallen dispuestas á partir sus ventajas con los pequeños; donde los que gobiernan sepan apreciar en lo que vale á un pobre diablo; donde los ricos paguen rentas sólo para que se les tome el dinero y se les guarde; donde los padres no pongan mala cara cuando se les acerca á sus hijas un amable joven; donde los hom-

bres casados tengan en cuenta el comprometido estado de un joven soltero bien dispuesto, etc., etc. El crítico, que ya desde su aparición les había dicho lo difícil que le era darles el consejo que le pedían, por cuanto su especialidad consistía, no en averiguar cuál era la mejor de las cosas, sino la más mala, se indigna contra ellos dejándolos solos y retirándose á su antro. Más amable, la Abubilla indica á los griegos varias ciudades que ellos van desechando por diferentes motivos, hasta que le proponen la creación de una que, ofreciéndoles á ellos las ventajas apetecidas, dará á las aves la superioridad y aun el dominio sobre los hombres y sobre los dioses. La ciudad será aérea y ocupará el espacio entre la tierra y el cielo, bien cercada de murallas. Ninguna ofrenda, ningún sacrificio de los hombres llegará á los dioses sin pagar alcabala á las aves. Los hombres, en cambio, no recibirán la apetecida lluvia que reservarán las aves en grandes aljibes, si primero no satisfacen estipulado tributo. Y sobre esto, ventajas innumerables que detalladamente va deduciendo y desarrollando el de la buena esperanza, siempre asentido y auxiliado por el amigo fiel, dispuesto á cargar con todos los trabajos rudos, y, como diríamos por aquí, á pagar los platos rotos. El entusiasmo de la Abubilla no tiene límites y convoca su gente alada, la cual, si bien al principio ve en aquellos hombres la imagen de sus enemigos mortales, los cazadores, y quiere destruirlos á picotazos, se aviene primero á escucharlos, y, luego, oyendo tales maravillas y que la preeminencia sobre

los dioses la tienen las aves, porque, según Esopo dice, la alondra nació antes que todos los seres y aun que la misma tierra; oyendo mil ejemplos que probaban la soberanía de las aves hasta que la usurparon los dioses de inferior dinastía, aceptan entusiasmados la idea del hombre y la erección de la ciudad queda decretada. Nuestros Pierrot y Scapin, alemanes, quedaron en cambio solos y sin la protección del orgulloso y pesimista buho, y como para engañarles el hambre que sentían, les convidó el complaciente papagayo á un concierto de ruiseñor, y los trinos de este cantor único atrajeron auditorio de aves; corrió la voz entre éstas de la extraña llegada de los enemigos comunes, y en un momento se vieron éstos cercados de volátiles de las más variadas y extrañas hechuras, abigarrados colores y descomunales y amenazadores picos. Pero Hoffegut no cedió al miedo espantoso que dominaba á Treufreund, antes desplegando sus propias alas, las de su elocuencia, dominó pronto á aquella muchedumbre y la tuvo tan embobada, que consiguió de ella lo que quiso. Principia por decirles que él y su amigo no son hombres, y, por lo tanto, no hay para qué tenerlos por enemigos; son pájaros que han traído unos navegantes del polo Sur, y que perdieron, en la travesía, las plumas. Son, pues, comunes sus intereses y uno su origen, el más antiguo, el más noble; el mundo originario se encerraba en un huevo esperando vida y orden. Ahora bien: ¿de dónde vino este huevo sino de un ave que lo puso? Además, las alas fueron siempre símbolo de soberanía y preemi-

nencia. El amor, el más importante de todos los dioses, salió con alas del seno de la noche. Con alas pintan los poetas al tiempo, al Erebo, á la Tierra, á la Noche, á todos los dioses y diosas primitivos, y estos otros dioses secundarios, que no las tienen, Júpiter, Juno, etc., llevan consigo un ave, el águila, el pavo real, como signo de poder y soberanía. En suma; Hoffegut emplea los mismos resortes que el griego Pistetero para convencer á las aves, y lo consigue, quedando acordada la creación de la ciudad aérea y recibiendo él mismo facultades para regirla. Luego preguntan: «¿Qué se ha de hacer con el otro compañero?» «Me es indispensable, responde Hoffegut.» «¿Qué sabes hacer?—le dicen.—¿Qué es lo que te hace en algo sobresalir de los demás?» «Sé silbar», contesta el interesado. «¡Qué suerte!—dicen,—somos felices. Tú nos gobiernas y éste nos silba. ¿Para qué queremos más?» Aquí termina Goethe, y á pesar de sus propósitos, aunque hay tela cortada, no volvió á emplearla en sus hechuras.

* * *

A fines del siglo XVIII proyectó Schiller arreglar para el teatro alemán las obras maestras dramáticas de otros países; pero sus trabajos propios y sus frecuentes enfermedades le impidieron poner mano al proyecto, aunque á él se debe la traducción que hizo Goethe del *Mahoma* de Voltaire, y del *Tancredo*. El *Mahoma* estaba terminado en Septiembre de 1799, y se representó en

Enero de 1800, el día del cumpleaños de la duquesa, no sin haber sido leído previamente ante el duque, el cual esperaba que esta obra había de contribuir á mejorar el gusto del público en Alemania, como en efecto sucedió, cosa que necesita explicación, porque ha de parecer extraña á quien sólo conozca la tragedia de Voltaire, *Le fanatisme ou Mahomet le prophète*, obra dura, que cumple sus innegables condiciones dramáticas, no conmoviendo, sino lastimando; repulsiva, contraria al instinto estético. Desde que los versos alejandrinos habían desaparecido de la escena, reinaba en ella la prosa; el público la exigía, los buenos escritores, Lessing inclusive, seguían la corriente. El mismo Schiller tuvo que poner en prosa su *Don Carlos* para que fuese representado, y los actores habían olvidado por completo cómo se recitaban los versos. La *Ifigenia* de Goethe y el *Tasso*, obras que se consideraban una maravilla, no se ponían en escena; ni en Weimar siquiera. Cuando Schiller dió comienzo á su *Wallenstein*, lo hizo en prosa también; sólo en el curso de la obra se decidió á ponerla en verso. Los actores de Weimar tuvieron que conformarse, y el resultado fué bueno. Esto alentó á los dos poetas, que emprendieron el formar un repertorio en verso, para implantar en la escena la forma ideal que perseguían por todos lados.

No dejaron de apoyar estos esfuerzos otros poetas: los actores se mostraron dóciles, y el teatro de Weimar fué cuna del drama ideal, que imperó largo tiempo en la escena alemana.

Vertió Goethe los estirados alejandrinos franceses en fluidos endecasílabos, dando al lenguaje esa serenidad natural y hermosa que recuerda á la *Ifigenia*: desde este aspecto hizo la obra bien y completamente suya. No parece creíble que aquel Mahoma, codiciando, más que el logro de todas sus ambiciones, la posesión de Palmira, aquella esclavita que educaron sus mujeres y que ahora, á los quince años de edad y fortificada por otro amor, se le pone de frente y le resiste, sea el mismo que la trate con tantas ceremonias. Ni aquel Omar el que le dice muy serio:

Madame, obéissez, si vous aimez Seïde.
Mahomet vous protège, et son juste courroux,
Prêt à tout foudroyer, peut s'arrêter sur vous:
Auprès de votre roi, madame, il faut me suivre.

Aparte de esta metamorfosis en la expresión del lenguaje, la obra de Voltaire queda intacta. No sólo nada se ha cambiado en el plan general y en la disposición de las escenas, sino que se puede recorrer verso por verso, y en todos se encuentran expresadas las mismas ideas por iguales imágenes. Sólo ha suprimido, al final de la obra, la última declamación de Mahoma, como si dijéramos la moraleja, á todas luces innecesaria. Una serie de circunstancias, sólo concebibles tratándose de un hombre protegido, adoptado por la ciega fortuna, han hecho á Mahoma dueño de la tan deseada Meca. Entrando en ella, á favor de un armisticio de pocas horas, si en el curso de su duración no consigue fanatizar al pueblo, suspenso é indeciso, allí termina, con su vida,

su soñado imperio del mundo. Porque Sopir, Sherif de la Meca, el mismo que lo arrojó de ella treinta años antes, cuando buscó refugio en Medina, allí sigue, y su odio nó se ha extinguido. Sopir es poderoso, más poderoso que Omar y que todos los que se pasaron á la secta nueva; el Senado lo respeta, y aunque algunos de sus miembros vacilen, mientras él viva no se desunirán. Seïde y Palmira son sus hijos. Hamon se los robó en la infancia llevándoselos al profeta, en cuyo campamento se educaron con regalo y cariño. Ambos jóvenes están á la sazón al lado de su padre, que, ignorando quién son, siente por ellos singular ternura. A Palmira la arrebató él mismo de las tiendas del profeta, en una excursión afortunada. Seïde vino á entregarse como rehenes, cuando Omar entró en la ciudad con pacíficas proposiciones de Mahoma. Seïde y Palmira, que ignoran su nacimiento, se aman con el amor más entrañable. Pero Mahoma, en quien la pasión por la mujer supera á todas sus otras tremendas pasiones, ama también á Palmira, y ha decidido hacerla su esposa. Seïde es, pues, su rival, y le estorba como Sopir, y para deshacerse de ellos, sin aparecer á los ojos del pueblo manchado con un doble crimen, fanatizan al joven, le hacen creer que Dios lo ha elegido para una obra de venganza, le prometen además que su recompensa será llamar á Palmira su esposa, y Omar le pone en la mano un puñal con el cual, aunque poseído de horror, hiere tres veces á su propio padre. No muere éste sin saber quién es el que le ha herido. Advertido Hamon de lo que va á ocurrir

por las angustias y alarmas de Seide, quiere evitar el parricidio, y aunque él mismo recibe la muerte de manos del Profeta, desconfiado, comunica el secreto á Fannor, que por desdicha no llega á tiempo de evitar el crimen, pero sí de que Sopir abrace á sus hijos, muera asistido por Palmira y encargue á Seide su venganza. Extraviado por el dolor y la desesperación; publicando en altas voces que ha sido obligado por Mahoma á cometer aquel crimen odioso, logra Seide, al frente de los senadores y el pueblo, llegar á donde está el profeta, y allí va á decidirse todo. Ante sus acusadores, el Profeta invoca sólo el testimonio de Dios. «Ese hombre es un asesino, y me quiere hacer pasar á mí por criminal. Aquel de nosotros dós que lo sea, quede aquí muerto en el acto por la mano del Omnipotente.» Antes de entregar á Seide el puñal homicida, le han hecho beber un veneno, inadvertido. En su semblante, en el desvarío que lo posee, se notan sus estragos, y cuando termina la imprecación del Profeta, cae muerto en medio del estupor, del supersticioso espanto de la muchedumbre. Sólo Palmira, que adivina la verdad, se vuelve contra Mahoma maldiciéndole, y por no caer en sus manos, se da la muerte, clavándose un puñal en el corazón. Aquí da Goethe la tragedia por terminada, pero el *Mahoma* de Voltaire prorrumpie en lamentosas frases, haciendo reflexiones encaminadas á probar que ni aun para los profetas hay dicha cumplida.

La opinión de Schiller y su consejo habían sido que Goethe hiciese un arreglo del *Mahoma*, dándole otra

forma distinta y una vuelta completa; pero Goethe, por mejor avisado, no quiso cambiar nada en la trama del fondo, para quedar bien apartado de responsabilidades históricas, si en la creación de un héroe de teatro caben. No le valió del todo su previsión, pues sus contrarios en el terreno dramático, por lo mismo que reconocían el mérito de haber hecho tan suya, por el lenguaje, la obra francesa, censurábanle los defectos de concepción, lo falseado de los caracteres históricos, el ensañamiento contra el fundador de una religión, como si defectos suyos propios fuesen. Tal vez la carta de Voltaire al Papa, en que sumiso dedica la obra á Su Santidad, excitaría el desagrado y despertaría la desconfianza de esa parte del público intransigente, que es siempre la más limitada de miras.

La traducción del *Tancredo* siguió muy de cerca á la de *Mahoma*, y aunque parece ser que Goethe tuvo intenciones de cambiar algo, introducir coros, dar ampliación á ciertas situaciones, etc., no hizo otra cosa sino ceñirse fielmente al original, salvo ligeras variantes en el discurso, encaminadas particularmente á dar á éste claridad.

El argumento del *Tancredo* está muy lejos de tener la lógica inflexible del *Mahoma*. Se necesitan esfuerzos increíbles de lo absurdo para sostener el engaño de un padre, de un prometido, de un novio, de un Senado, de un pueblo entero, que con una sola palabra, no de la

heroína, sino de su amiga íntima, la confidente de todos sus secretos, podían haber salido de su error y evitarse la más horrenda de las injusticias. La escena pasa en Siracusa, cuando aun parte de Sicilia está en poder de sarracenos, y en otra parte dominan los emperadores de Bizancio. Largos años, rencillas particulares y luchas interiores dividieron en partidos los nobles de la ciudad; por fin se asienta la concordia, uniéndose las familias más enemigas, por medio de un casamiento entre la hija de Argir, anciano jefe de la Asamblea de los Caballeros, y Orbassan, noble que hasta aquel punto mismo había sido su más cruel enemigo. La boda se concierta en plena Asamblea, y allí mismo es nombrado el esposo capitán de las fuerzas que han de partir, sin tardanza, á combatir al astuto Solomir, amenaza constante de la libertad de los siracusanos. Y para no transigir ya nunca con ninguno de los enemigos, allí mismo queda desterrado Tancredo, el héroe descendiente de aquella raza francesa que, establecida un día en Siracusa, llegó á dominar y adquirir poder sobre todos los nobles: sus bienes pasarán á aumentar los de Orbassan, su delator y perseguidor, y esto será como un presente de bodas que la ciudad agradecida hace á su caudillo. La prenda de esta alianza, Amenaída, hija de Argir, no se conforma ni tolera que dispongan de su mano sin consultar á su corazón, que ya no es suyo, sino de Tancredo, á quien conoció en Bizancio, donde vivió con su madre durante los años que Siracusa, entregada á guerras de bandería, no ofrecía seguridad para su familia.

Su misma madre, al morir, aprobó la elección, bendiciéndolos á ella y á Tancredo como hijos. No pudiendo convencer á su padre, ni conjurar por otros medios lo que la amenaza, resuelve enviar una carta á Tancredo, que no se halla lejos de donde acampa el musulmán. En ella le cuenta lo que pasa y le insinúa su deseo de que llegue á reinar en la ciudad, como reina en su corazón. Por prudencia, la carta va sin nombre ni dirección alguna; pero el criado que la llevaba cae en poder de los de la ciudad, y como iba en dirección del campo agareno, dan por hecho que para Solamir había sido escrita, y en este hecho fundan la acusación de Amenaída, á quien, como traidora á la patria, condenan á muerte. Ella se deja acusar por no comprometer á Tancredo pronunciando su nombre. Orbassan le ofrece que combatirá en su defensa, según la costumbre de aquellos tiempos, si después del vencimiento su amor logra ser correspondido; Amenaída rehusa y se dispone á arrostrar la muerte con valor. Llega entretanto Tancredo á favor de un soldado, antiguo servidor de su casa, que le abre las puertas de la ciudad; se entera de lo que ocurre, y sabe, por el mismo Argir, que su hija es culpable de sostener relaciones con Solamir, el jefe musulmán que ya tiempos atrás había pretendido su mano. Aunque con la muerte en el alma, Tancredo, por el respeto de su pasado amor y por compasión hacia aquel desventurado padre, sustenta en campo abierto la defensa de Amenaída contra Orbassan, á quien vence y mata. De vuelta á la vida y al honor Amenaída, quiere expresar